



60 AÑOS DESPUES DE LA GUERRA CIVIL

Indalecio Prieto en Cuenca: Comentarios al discurso pronunciado el 1º de mayo de 1936

Angel Luis López Villaverde

Pocas novedades pueden aportarse a estas alturas sobre una de las figuras más eximias del exilio español, Indalecio Prieto, o, más en concreto, sobre el discurso que pronunció en Cuenca el primero de mayo de 1936. Reproducido éste al día siguiente en la prensa madrileña por la trascendencia de sus palabras, estaba cargado de alusiones a los problemas del país, tanto del pasado como del presente, y proponía, como vía de solución, el rechazo de la violencia y el desorden. La excelente acogida desde la cárcel por el líder falangista contrastó, paradójicamente, con la crítica del sector socialista liderado por Largo Caballero. Dos años después, en plena guerra civil, tras ser apartado del Gobierno, Prieto lo publicó en un folleto titulado

Siento a España y lo incluyó como uno de sus cuatro discursos más importantes en *Palabras de ayer y de hoy*. Ya en el exilio comentó varios párrafos del mismo en *Cartas a un escultor*.

Sin embargo no se han ponderado suficientemente las circunstancias en que se desarrolló el discurso, ni los condicionantes que tuvo la propia lucha electoral en Cuenca —que justificó la llegada de Prieto a Cuenca apenas dos meses antes de estallar



Indalecio Prieto, por G. Teja.

la guerra civil—. Por otra parte, los comentarios sobre las palabras de Prieto han estado dirigidos, en ocasiones, desde la pura admiración (o autojustificación) y, en otras, desde la crítica más ácida. Mi propósito es establecer un estado de la cuestión, otorgar un mayor protagonismo a las referencias a Cuenca y contribuir al mejor conocimiento y divulgación de un texto que sirve para establecer un nexo de unión entre nuestra región y uno de los exiliados españoles más ilustres.

Dada su extensión, la reiteración de algunas ideas (propio de un discurso político y acrecentado en este caso por su gran capacidad de oratoria) y la limitación del espacio disponible, no lo reproduciré entero, si bien al final de este artículo se inserta una amplia selección del mismo para que el lector pueda seguir mejor los comentarios aquí vertidos. No considero que esta “mutilación” quite interés al contenido, aunque, lógicamente, resta atractivo a la forma. También se incluye una breve selección bibliográfica, la más relacionada con el discurso que nos ocupa. Para obtener una ampliación de la obra prietista remito a los trabajos de Saiz Valdivielso.

RESUMEN:

Además del exilio, abrimos unas páginas a la historia y en concreto al periodo inmediatamente anterior: la Guerra Civil. El dirigente socialista Indalecio Prieto pronunció un importante discurso en Cuenca, con motivo de la repetición de unas elecciones al Congreso, en 1936. En el mismo, Prieto defendió vehementemente su idea de España, hecha con el esfuerzo de todos y abierta a todos, apostando claramente por los más necesitados (trabajadores y parados) pero lejos del verbalismo revolucionario de otros compañeros de su propio partido. En este trabajo el historiador Ángel Luis López Villaverde (cuya tesis desarrolló ampliamente las vicisitudes de este periodo en la provincia conquense) explica la figura de Prieto, el contexto de la situación de Cuenca en esos trágicos años, y por último analiza el contenido del discurso, que se reproduce en amplios extractos al final del trabajo.

Indalecio Prieto y su papel dentro del socialismo español

Nacido en Oviedo el 30 de abril de 1883, este asturiano de nacimiento y bilbaíno de adopción (pues se trasladó a Bilbao a los seis años, tras perder a su padre), en una fulgurante carrera dentro del periodismo, pasó de vender periódicos en Bilbao a controlar, primero, y luego tener la propiedad del diario *El Liberal*. Su carrera política estuvo siempre íntimamente vinculada a su ciudad adoptiva, primero como concejal y, desde 1918, como diputado. Excelente orador y polemista, este político pragmático ejerció una gran influencia no sólo dentro del socialismo vasco, en particular, sino del español, en general. En el primero fue su principal referente; en el segundo, representó el sector centrista y reformista del partido (frente al moderado de Besterio y el obrerista de Largo Caballero) y sus posturas chocaron en momentos decisivos con las *caballeristas*.

Se opuso a la colaboración socialista con la dictadura prorroiverista y participó luego en el Pacto de San Sebastián, que sirvió para preparar un nuevo régimen democrático. Al proclamarse la II República asumió la cartera de Hacienda —estabilizó la peseta— y, después, la de Obras Públicas —dedicó especial atención al fomento de obras hidráulicas, carreteras y enlaces ferroviarios—. Tras el fracaso de la revolución de octubre (de cuya participación se arrepintió Prieto más tarde) se exilió a Francia y no regresó hasta febrero de 1936, reapareciendo en un mitin en Eibar el día 28 en el que criticó al PNV y al separatismo

En los meses siguientes tuvo un especial protagonismo y se encontró su enfrentamiento con Largo Caballero. Fue una pieza fundamental en el proceso de destitución de Alcalá Zamora como Presidente de la República (uno de sus grandes errores) para que lo reemplazara Azaña. Precisamente la llamada de éste para que Prieto encabezara su primer Gobierno (pocos días después de su discurso en Cuenca) chocó con la oposición del sector *caballerista*. El 10 de mayo, Azaña le ofreció la jefatura del consejo de ministros —con independencia de su opinión hacia él y a pesar de conocer las dificultades que encontraría entre sus mismas filas— porque consideraba que sólo Prieto era capaz de evitar un levantamiento militar. Pero “don Inda” tuvo que renunciar al cargo que aspiraba —y con ello a una colaboración republicano-socialista— por la oposición de la minoría parlamentaria socialista. Con este veto, los *caballeristas* se aseguraban la continuidad de un gabinete republicano débil, incapaz de reconducir la situación socio-política y, por tanto, favorable a su estrategia revolucionaria. Pero, a la vez, aumentaba el riesgo de un levantamiento militar. Su renuncia forzada le dolió sobremanera y han sido muchas las voces que han lamentado desde entonces la pérdida de una gran oportunidad para evitar la guerra civil.

Al estallar ésta, fue nombrado Ministro de Marina y Aire en el Gobierno de su rival Largo Caballero, al que contribuyó luego a derribar. El doctor Negrín lo puso al frente del ministerio de Defensa Nacional, pero la creciente influencia comunista provocó su enfrentamiento con él y su destitución a principios de 1938, algo que no le llegó a perdonar en lo sucesivo. Los últimos meses de 1938 los pasó viajando por América hasta que se estableció en Méjico. Desde su exilio mejicano intervino en las acciones políticas más importantes contra el régimen de Franco con la idea permanente de volver a España. Debido a su fracaso en llevar a feliz término distintas propuestas, Saiz Valdivielso divide su exilio en tres etapas. El tránsito del primero al segundo comenzaría al desvanecerse en 1946 el posible apoyo internacional para celebrar en España un plebiscito sobre el régimen y pasar Prieto a tener una actitud receptiva a la restauración monárquica (tras entrevistarse con Gil Robles).

El nuevo revés iniciará su tercer y definitivo exilio que culminará con su muerte —tras su enésimo infarto de miocardio— en México en febrero de 1962.

Sobre la pretendida “vigencia de Prieto” en la actualidad hay que ser prudente. Santos Juliá anota en su “haber” sus profundas convicciones democráticas, su defensa de la libertad, sus propuestas regeneracionistas y de transformación de las condiciones de la clase obrera y su búsqueda de amplios apoyos sociales interclasistas, pero pone en el “debe” —en la misma línea que otros autores, como Gibaja— sus limitaciones personales y su falta de tacto, al empeñarse en no limar las disputas en su propio partido y no olvidar los agravios recibidos. Puede decirse, pues, que fueron más prudentes sus propuestas programáticas (cumplidas en la actualidad sobradamente) que sus actitudes políticas.

Situación política de Cuenca antes de la llegada de Indalecio Prieto

Cuenca había sido tradicionalmente una provincia muy conservadora. El triunfo de la conjunción republicano-socialista de junio de 1931 no puede hacernos olvidar que, incluso en el primer bienio, fueron los republicanos de centro-derecha los que aportaron tres de los cuatro candidatos a las Cortes de la misma (que acompañaban al único socialista, Aurelio Almagro). El conservadurismo imperante en la provincia permitió la pronta reorganización de las derechas no republicanas en diversas ramas de Acción Nacional (la juvenil fue la más temprana de España), destacando entre ellas la Agrupación Ciudadana Agraria, que obtuvo su primera victoria en unas elecciones municipales parciales al ayuntamiento de la capital celebradas el 15 de mayo de 1932. Más tarde, la candidatura derechista obtuvo un holgado triunfo en esta provincia, consiguiendo cuatro diputados —los otros dos fueron a parar a la lista centrista encabezada por el radical Álvarez Mendizábal— en las elecciones generales de noviembre de 1933, que posibilitaron la rectificación del rumbo político de la II República. Los diputados derechistas de la provincia eran antiguos personajes provenientes de la Restauración (como Modesto Gosálvez y, en especial, el general Joaquín Fanjul), a los que se añadió en 1933 Antonio Goicoechea, líder de la monárquica Renovación Española. Éste último, atraído a Cuenca por Fanjul, continuaba la tradición del *cunerismo*, con gran solera en esta provincia, al ser una fácil cancha para los candidatos más conservadores.

En las elecciones de febrero de 1936, la candidatura derechista copó los seis escaños en disputa. Pero las Cortes anulaban el resultado a principios de abril basándose en que el candidato más votado no superaba el 40% de los sufragios que prescribía la ley así como en las irregularidades detectadas en numerosos municipios. El primero de estos argumentos fue expuesto con poco fundamento en el debate parlamentario y suponía la celebración de una segunda vuelta. El segundo era más evidente y conllevaba una repetición de los comicios. En estas circunstancias, la convocatoria de elecciones parciales para el 3 de mayo de 1936 podía suponer una trampa legal. De hecho, el Decreto de la convocatoria era confuso. Y, aprovechando las revueltas aguas, las derechas quisieron presentar en la candidatura conculsa al general Franco y al líder de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. Como es lógico, Cuenca iba a tener un protagonismo especial durante esos días en España.

Pues bien, el discurso de Prieto hay que encuadrarlo en plena campaña para las elecciones del 3 de mayo, apenas dos días antes de su celebración. El socialismo conculsa había obtenido (aunque para su fortuna fue anulado) un resultado malísimo en las elecciones de febrero; en mayo sacrificaron de la lis-

ta del Frente Popular a Aurelio Almagro, reduciendo a sólo uno (Luis García Cubertoret) sus candidatos para dar entrada a un ex portelista como Álvarez Mendizábal en las listas frentepopulistas. En este contexto, se esperaba la visita de Prieto con gran expectación porque se creía pudiera convencer a los indecisos. Sin embargo, dada la decantación caballerista del socialismo conquense desde enero, tuvo un recibimiento poco efusivo. Y “don Inda” llegó a Cuenca en un momento ciertamente tenso. Durante la jornada del 1º de mayo, la cenetista Federación Provincial de Trabajadores de Cuenca, muy fuerte en la capital, convocó una huelga general en la que hubo incidentes. Prieto retrata el ambiente en los siguientes términos:

“¡Gran esfuerzo de mi ánimo para hacer un discurso sereno en Cuenca el 1º de mayo de 1936!. Cuando yo llegué a la puerta del Teatro Cervantes humeaban cerca las cenizas de la hoguera en que habían ardido los enseres de un Casino derechista asaltado por las masas populares. En céntrico hotel hallábanse sitiadas desde la víspera significadísimas personalidades monárquicas. El ambiente era de frenesí. Pude sustraerme a él y hablar serenamente a una multitud enardecida. En el escenario me flanqueaban chicos de la ‘Motorizada’, vigilantes ante el peligro de una irrupción de los adversarios”.

El casino al que se refería era el Círculo de la Constancia; no era la primera vez que era atacado por manifestantes conquenses (por ejemplo en octubre de 1932, con motivo de otra huelga general) al ser considerado como una especie de “templo de la burguesía”. También el local de Acción Popular fue objeto de un intento de incendio. Todo ello era como consecuencia de la llegada a Cuenca de Miguel Primo de Rivera, que venía a hacer la campaña que su hermano, el líder de la Falange, no podía realizar por estar encarcelado. Fue detenido junto a otros acompañantes (a los que califica de “significadísimas personalidades monárquicas”) en el hotel Iberia tras ser herida de un balazo una niña que pasaba por la calle y ser acusado, en un primer momento, por ello. La campaña, aunque corta y con pocos actos, tuvo, pues, gran trascendencia y ambas candidaturas denunciaron la existencia de pistoleros. La presencia de “La Motorizada” —muchachos de las Juventudes Socialistas que acompañaron a Prieto en los actos de la primavera de 1936 y a los que dio ese nombre su gran movilidad— era una garantía para la seguridad personal del líder socialista —como se demostró unos días después en Écija— pero eran vistos como una amenaza por las derechas. El ambiente se caldeó aún más por otro incidente que no cita Prieto; en una de las escasas muestras de anticlericalismo en Cuenca antes de la guerra civil, ese mismo día un grupo de obreros asaltaron y saquearon el convento de los Paúles, obligando a sus frailes a abandonar la ciudad.

Análisis del discurso de Cuenca

Puede diseccionarse en tres grandes partes: la primera fija el protagonismo en el proceso electoral conquense y en las peculiaridades de su electorado, pero realizando frecuentes alusiones a la política nacional; la segunda, aunque centrada en los problemas del país, está continuamente salpicada de referencias a la provincia de Cuenca y, en concreto, al pueblo de Paredes de Melo; la última parte se centra en la estrategia del partido, mostrándose beligerante contra los excesos revolucionarios.

Paredes de Melo protagoniza sus primeras palabras. Su “evocación del camino” parte de su descubrimiento —tras ser informado en el coche por Jerónimo Bugeda— de las peculiaridades de esta aldea del partido judicial de Tarancón. Situada

en la carretera de este municipio a la capital, conservaba reminiscencias medievales, pues estaba entonces en manos de un solo señor, el marqués de Ariza. Con tono moralista, critica no sólo su poder, sino también su degeneración, pues afirma que tenía una “escorta de vicio” formada por prostitutas ebrias ante la que los habitantes del pueblo cerraban sus casas. Prieto se niega a considerar a Paredes la esencia de la provincia entera, y prefiere verla más bien como una especie de escarnio para la misma, pero le sirve para entender porqué las derechas consideran esta circunscripción como cancha fácil para sus candidatos. En otros momentos del discurso, la aldea de Paredes volverá a aparecer cuando tenga que ejemplificar las pervivencias de la esclavitud en España y la convierte en la antítesis de Asturias —símbolo del sacrificio y el valor—, a la que aludirá en la última parte. Paredes aparece así como la representación, aunque esperpéntica, de la “España profunda” y símbolo de la injusticia. Por eso la elige para empezar a dirigirse al auditorio conquense, recurriendo a su imagen reiteradamente.

Dentro de la primera parte hay que incluir también su esbozo de dos figuras que muestran la “significación nacional de la lucha de Cuenca”, el general Franco y José Antonio Primo de Rivera, candidatos derechistas a la elección parcial del 3 de mayo en Cuenca continuando así la larga tradición del *cunerismo* en la provincia. Fueron Antonio Goicoechea y Serrano Súñer, apoyados por Gil Robles, quienes hicieron las gestiones ante Primo de Rivera, pero fue la actitud del general Fanjul, que le cedió su puesto, quien hizo efectiva la maniobra, que convenía al líder falangista ante la posibilidad de ser excarcalado si era elegido diputado.

Caso distinto era el de Francisco Franco. Prieto, que le otorga mayor importancia, comenta que su presencia en las listas derechistas de Cuenca estaba motivada por el sometimiento de la ciudadanía de la provincia a un régimen caciquil y considera revelador que se intente investir como parlamentario a un caudillo militar en una provincia de tan reducido censo. Al general le interesaba la inmunidad parlamentaria mientras participaba en la conspiración, reforzando así su posición para esperar el curso de los acontecimientos. Como ocurrió con José Antonio, también Fanjul estaba dispuesto a cederle su puesto, actitud a la que se sumó el cedista Enrique Cuartero. Los derechistas conquenses apostaban fuerte para unas elecciones en las que importaba menos el resultado que el acto propagandístico.

Pero la compañía de Franco resultaba incómoda para Primo de Rivera, que se negó a compartir candidatura con un militar y menos con Franco. Aunque éste alegó que había sido incluido contra su voluntad, en realidad arrojó la toalla por el veto del líder falangista. De todos modos, el general decidió renunciar a presentarse justo el mismo día en que la Junta Provincial del Censo Electoral desestimaba su candidatura y la de José Antonio por no haber participado en la primera vuelta. Prieto, al confesar haber preferido la renuncia de Franco antes de su anulación por la Junta Provincial del Censo, se refiere a los rumores difundidos sobre su renuncia el 26 de abril y no el 27, fecha en que se pronunció la Junta Electoral. De todo ello ya he hablado en otro libro y a él remito. El general fue sustituido por Manuel Casanova, pero a Primo de Rivera no se le buscó recambio para echar un pulso al Gobierno.

Lo más importante al respecto es, no obstante, destacar la profecía de Prieto, que supo ver con dos meses de antelación a Franco como el “posible caudillo de un levantamiento militar” debido a “su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército”. Tiene palabras de respeto hacia él y no escatima sus méritos, pero advierte de un peligro que el Gobierno desdeñaba. Su voz clamaba en el desierto, como, lamentablemente, se vio poco después.



En un mitin electoral durante la República.



Año 1930. Prieto, clandestinamente en Bilbao, antes de exiliarse a Francia.

En relación a sus reflexiones sobre el significado y los problemas que acucian a España, comienza con una declaración de intenciones (que prácticamente dio nombre al discurso) en la que dice sentirse “cada vez más profundamente español”. Aunque no renuncia a su internacionalismo militante, dice llevar España dentro de su corazón y en el tuétano de sus huesos. Con ello quería desmentir a quienes, envolviéndose en la bandera del “patriotismo” acusaban a los miembros del Frente Popular de encarnar la “anti-España” y monopolizar para sí mismos ese sentimiento tan vago de lo “español”. Esta profesión de fe, que no extrañaría escucharla en la actualidad en boca de los dirigentes socialistas (y en especial de Felipe González), era infrecuente oírlo en el ámbito del socialismo, aunque no era la primera vez que la hacía pública Prieto. En efecto, en otro de sus más célebres discursos, el pronunciado en Torrelodones el

6 de agosto de 1933, había hablado de su “españolismo dentro del socialismo internacional”. La gran diferencia era que, en el complicado contexto de la primavera de 1936, sus palabras tuvieron más trascendencia.

No obstante, la España en la que creía Prieto se alejaba del simple concepto abstracto. Anteponiendo el sentido de la justicia sobre lo demás, apostaba por una España justa, distinta a la simbolizada en Paredes, en un intento de diferenciarse ideológicamente de la concepción derechista al respecto. Sus posturas nacionalistas chocaban frontalmente con las posiciones independentistas, pero no con las autonomistas moderadas. Y no debe extrañar que, ya durante la guerra civil, en sintonía con estas ideas, su recelo ante el incremento de la influencia soviética le provocara su caída del Gobierno en 1938.

La problemática de la España de la época (destruida en

lo interior y lo exterior), pasaba, según “don Inda”, siguiendo un tono con reminiscencias regeneracionistas, por la “conquista interior de España”, “la abolición de la esclavitud de los blancos de España” y la subida de los salarios (de lo que se olvidaba Gil Robles en una propuesta que criticaba Prieto), en una línea keynesiana, como manera de fomentar el mercado interior. Como solución, apostaba por la reforma agraria, impulsada tras el triunfo del Frente Popular, y, sobre todo, por la realización de obras hidráulicas y, con ello, la extensión del regadío; se trataba ésta de una de sus mayores preocupaciones y una de sus tareas prioritarias mientras estuvo al frente del ministerio de Obras Públicas. En sus palabras proyectaba también su permanente interés para modernizar las estructuras socioeconómicas, de manera que se redujeran las diferencias con el nivel de desarrollo del resto de Europa occidental. En definitiva, puede decirse que el mayor interés de Prieto, más que la propia España, estaba puesto en sus gentes, los españoles y, sobre todo, en aquéllos que el régimen económico capitalista había convertido en “bestias”.

Tras aportar algunas soluciones a los problemas, remarca que el más importante era el paro, acrecentado porque “la válvula de la emigración está cerrada”. Vuelve al argumento que inicia esta segunda parte, en el sentido de que España estaba por construir, tesis que ya había defendido también en Torrelodones, cuando aún era ministro. Y aquí entronca con la tercera parte. Midiendo mucho sus palabras, y tras explicar (que no justificar) las causas de la violencia, evocaba Asturias para deducir la esterilidad de la violencia revolucionaria y consideraba que el protagonismo del socialismo en esta tarea pasaba por la disciplina como “elemento social indispensable” y freno al “desmán, elemento de colaboración con el fascismo”. Siguiendo la línea argumental iniciada en Torrelodones (en donde rechazaba las aventuras revolucionarias y la toma del poder de los socialistas) sus palabras, dirigidas al sector *caballerista* (“si mi voz se oye fuera de aquí”), insistían en la necesidad de acabar con los excesos esporádicos para no poner en peligro a un Gobierno democrático que debía consolidar la República para poder derribar los cimientos en los que descansaban los privilegios. Pero, como ocurrió con su advertencia sobre la amenaza golpista, su voz fue desoída y el país acabó desangrándose en una guerra civil.

Valoración y trascendencia del discurso

Mientras la prensa republicana elogiaba, en líneas generales, el discurso (*Heraldo de Madrid*, por ejemplo, utilizaba calificativos como “verdadero programa de gobierno para llevar la revolución democrática a sus máximas posibilidades” y “bello canto a la España indispensable”), la caballerista (*Claridad*) titulaba su comentario como “Consejos equivocados y peligrosos”, incrementándose así la división en el seno del partido. En esas circunstancias era previsible, como ocurrió, el veto del sector caballerista a la formación de un Gobierno republicano-socialista presidido por Prieto.

Paradójicamente, Primo de Rivera lo elogió desde la cárcel y escribió un artículo titulado “Prieto se acerca a la Falange” en el que comparaba el discurso del “tribuno socialista” con los suyos desde el punto de vista del lenguaje y del contenido (más cercano a la “revolución nacional” que al marxismo). Incluso el líder falangista llegó a idear un posible gobierno nacional que acabara con la contienda civil en el que estaría incluido Prieto. Pero éste no conoció dicho artículo hasta después de su ejecución. En *Palabras de ayer y de hoy* (1938) se defendía del elogio envenenado del líder falangista diciendo que lo dicho en Cuenca no era nuevo, que reflejaba su pensamiento de años atrás

y que no había podido copiar a Primo de Rivera porque “lo nacional ha sido siempre musa de mi propaganda y de mi conducta” y lo comparaba con su discurso de Torrelodones de 1933. Pero añadía una reflexión a modo de lamento:

“Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarla en el campo de batalla”.

Los resultados en Cuenca favorecieron a las izquierdas. Aunque volvió a detectarse fraude electoral, no era éste el motivo principal de preocupación en esos momentos, pues no iba a variar la composición de las Cortes. Prieto confiesa que al triunfo frentepopulista contribuyó la presencia de “La Motorizada”. Precisamente será la actuación de esta escolta juvenil la que impidió que, tras un discurso pronunciado el 31 de mayo en Écija, los disparos efectuados por algunos caballeristas acabaran con la vida de Prieto.

En resumen, los “personalismos” típicos del socialismo español y la falta de interés por llegar a un consenso —palabra más propia de nuestros días— en su interior complicó la situación política de manera notable. En este sentido, el discurso de Cuenca mostraba claramente las cartas de uno de sus líderes y condicionaba el resto de la partida. Prieto abogaba, en una apuesta brillante, por la moderación pero no tanto por el diálogo dentro de su propio partido, lo que resultó un error fatal.

“Siento a España”

discurso pronunciado por el camarada INDALECIO PRIETO el día 1.º de mayo de 1936 en el TEATRO CERVANTES, de Cuenca. Madrid, Ediciones “La Motorizada”, PSOE, 1938 (extracto).

Evocación del camino

(...) Antes de llegar a la ciudad, cuando veníamos de Tarancón a Cuenca (...) yo conversaba en el coche con el camarada Bugeda. Alguien pedía detalles de la estructura social de vuestra provincia. Cuando sosteníamos esta conversación, apareció a la izquierda del camino la silueta de un pueblo, en medio de las tierras de labrantío. Mi curiosidad me empujó a preguntar cómo se llamaba ese pueblo. Paredes me dijo Bugeda. Y entonces me refirió cómo todas las tierras del Concejo, incluso las sagradas del cementerio, todas las casas, campos, árboles, matas, espigas, todo, hasta la tierra de las tumbas, era de un solo hombre. Y antes esta visión medieval mi alma se estremeció. Allí era todo de un hombre. ¿Vive ese hombre en el pueblo? (...) No (...) Viene de cuando en vez con una escolta de vicio, formada por mujeres que, para defenderse de la miseria, venden placeres y fingen amor. Cuando el señor llega, las puertas de los hogares honestos de Paredes se cierran (...) Y estos escándalos los produce un hombre que acaso se titule católico (...).

¿Qué mejor pintura que ésta para demostrar cómo es una provincia? Claro que toda Cuenca no es Paredes; pero ya es bastante baldón que Cuenca soporte a Paredes (...); que sólo por el concepto de su sumisión, por el convencimiento de la subsistencia de la esclavitud puede explicarse el hecho de que los partidos de la derecha española hayan buscado esta circunscripción electoral como albergue para símbolos políticos que la voluntad del pueblo español desestimó en la última contienda electoral

La figura del general Franco

Merece la pena, luego de haber remarcado el sentido de menosprecio que los elementos directores de los partidos derechistas acusan con la

inclusión en sus candidaturas de los nombres del general Franco y del señor Primo de Rivera, consagrar unos minutos de atención a tan curioso fenómeno político. Ha desaparecido de la candidatura de Cuenca el nombre del general Franco. Yo me felicito sinceramente de tal desaparición. He leído en la Prensa manifestaciones de este general, según las cuales su nombre se incluyó en la candidatura por Cuenca contra su voluntad. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de estas manifestaciones aunque he de decir (...) que hubiese preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la Junta Provincial del Censo que le eliminó de la candidatura. No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura de este jefe militar (...) Le he visto pelear en África; y para mí, el general Franco (...) llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha (...) Ahora bien, no podemos negar (...) que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa como esperanza para un futuro próximo.

El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército, es hombre que, en momento dado, puede acaudillar, con el máximo de probabilidades –todas ellas se derivan de su prestigio personal–, un movimiento de este género.

No me atrevo a atribuir al general Franco propósitos de tal naturaleza. Acepto íntegra su declaración de apartamiento de la política. ¡Ah!, pero lo que yo no puedo negar es que los elementos que, con autorización o sin autorización suya, pretendieron incluirle en la candidatura de Cuenca, buscaban su exaltación política con objeto de que, investido de la inmunidad parlamentaria, pudiera, interpretando así los designios de sus patrocinadores, ser el caudillo de una subversión militar (...) ¿Qué se busca aquí? A través de una provincia, cuya ciudadanía se supone reducidísima por el sometimiento de la masa general de los electores a las personas que mantienen un régimen caciquil, se busca la investidura parlamentaria para un caudillo militar (...)

Significación nacional de la lucha de Cuenca

Aunque también de importancia, juzgo muy secundario el hecho de haber sido incluido en las mismas condiciones en la candidatura por Cuenca el señor Primo de Rivera. Pero también esto merece nuestro comentario. Porque los partidos de derecha han sacrificado a sus propios candidatos –los que lucharon en la elección de febrero– y que, con uno u otro carácter, tienen aquí determinadas vinculaciones, para incluir a candidatos extraños a sus organizaciones y cuyo único título político es el caudillaje de una formación consagrada exclusivamente a la violencia. ¿Cómo compaginan los directores de las derechas sus afirmaciones de acatamiento respetuoso a la legalidad con el hecho de abrir de par en par las puertas de su candidatura a quien, si tiene alguna significación, es exclusivamente la de la violencia?

Dados los términos en que se ha planteado aquí la lucha ésta desborda los contornos de un combate político local. El combate tiene significación más extensa, tiene significación nacional; quizá por eso haya venido yo a hablarlos.

Habiendo advertido toda la exaltación de vuestros espíritus apenas entré en las calles de esta ciudad histórica, establezco para conmigo mismo un deber (...) Este deber consiste en no aumentar vuestra excitación (...)

“Me siento cada vez más profundamente español”

Se nos acusa, a quienes constituimos el Frente Popular, de que personificamos la antipatria, de que odiamos todo lo español, o se nos dice que, si no lo odiamos, tenemos para lo español, por estar embebidos en ideales de tipo universal, desdén y desprecio.

Yo os digo que no es cierto. A medida que la vida pasa por mí, yo, aunque internacionalista, me siento cada vez más profundamente



español. Siento a España dentro de mi corazón, y la llevo hasta en el túbano mismo de mis huesos (...) No pongo por encima de ese amor a la patria, sino otro más sagrado, el de la Justicia. No estaría con España si España cometiera, en el orden internacional, una villana injusticia. Si la injusticia fuera patente para mí, de la misma manera que se sacrifica el afecto a un ser querido, sacrificaría yo también mi devoción a España ante el deber imperioso de rendirme a la justicia, cuyo sentimiento ha invadido siempre mi alma desde que tengo uso de razón.

(...) Nadie, de los que constituyen el Frente Popular (...) nadie reniega de España, ni nadie tiene por qué renegar de ella. No; lo que hacemos cuantos constituimos esas agrupaciones políticas es renegar de una España como la simbolizada en Paredes. A esa odiamos, contra esa luchamos. ¿Pero para qué? Para hacer una España libre, donde no pueda haber señoritos crapulosos que, con el esfuerzo del trabajo de honrados campesinos, invadan de vicio un pueblo honesto

¿Son ellos, y ellos solos, España? ¡Ah! ¿Es que no son España los que labran la tierra, los que horadan las minas, los que queman su

piel al pie de la fogata de los grandes hornos? ¿Es que esos hombres que padecen no sólo la tiranía económica, producto fatal del sistema capitalista, sino que, además, sienten herida su sensibilidad por la injuria constante y por la ofensa de los espectáculos orgiásticos, no son España?. Pues por ellos luchamos? Son los más en número, los más desventurados, los sedientos de justicia, los necesitados de educación, incluso de hombría, porque el hombre no lo es completo cuando no ha llegado a refinar su espíritu por los métodos excelsos de la educación (...) Y al pretender nosotros en semejante cruzada, de la cual es un episodio este acto magnífico de Cuenca, completar la hombría de los españoles, para que sean ciudadanos de España y no esclavos sometidos a una taifa cerril, nosotros queremos multiplicar la capacidad espiritual de España, porque al levantar al ciudadano español, levantamos a España, y al levantar a España, hacemos patria (...)

La conquista interior de España

Queremos hacer a España, no destruirla; queremos construirla. Recuerdo a este respecto que, una vez en tierras reseca de Extremadura, mientras buscaba en el manantial de mi cordialidad expresiones que rompieran la frialdad del rito ceremonioso de la colocación de la primera piedra en el pantano de Cijara, que puede convertir y convertirá vastas tierras, también escenario de esclavitud como las vuestras, en un vergel (...), en aquella región, de donde salieron en gran número los hombres que, en una de las más bellas aventuras históricas, atravesaron el Océano hasta topar con las ignoradas tierras de América, que nosotros, los españoles, teníamos aún una conquista que lograr, que ya no cumplía a España ir surcando mares en busca de tierras desconocidas (...) ¿Cuál? Conquistar a España. Conquistémosnos a nosotros mismos, haciendo de esta tierra desventurada un suelo fecundo, donde los españoles puedan vivir, concluyendo para siempre con el espectro del hambre (...)

España está enteramente por hacer (...)

Los políticos que aquí han venido en busca de un refugio electoral (...) son la representación más genuina de un período en el que ha culminado la destrucción de España (...) Quebrantadísimo su crédito exterior (...) es hoy un país sobre el cual se ha colgado el cartel de insolvente (...)

Sobre este problema angustioso, y cuya resolución, es urgentísima, amontonándose en España otros problemas; pero todos ellos relativamente de fácil solución. Vamos a enumerar algunos.

La abolición de la esclavitud de los blancos en España

Está actualmente realizándose por parte del Gobierno con ímpetu que merece aplausos, la reforma agraria (...) Pero la reforma agraria no puede descansar exclusivamente en plausibles modificaciones de la legislación que tienden a acabar con el derecho de propiedad (...) Ahora bien, el complemento de esa reforma, acaso el que asegure definitivamente su éxito de modo inmovible, radica en la intensificación de las obras hidráulicas, en la conversión en regadío de enormes zonas del agro español (...)

Hay que ir a la realización de obras hidráulicas con una intensidad grande (...) Porque es absurdo que teniendo, como tenemos, extensas zonas regables, y disponiendo, como disponemos, de inmensos caudales de agua, nuestra producción agrícola se consiga mediante descomunales esfuerzos, trabajando los hombres sobre la tierra de sol a sol (...) Todo ese esfuerzo y la esclavitud de salarios envilecidos a que se condena a millones de españoles, puede trocarse, con el regadío, en un esfuerzo infinitamente menor. El hombre ha venido a la vida no como una bestia (...)

Ese hombre, a quien se condena a trabajos tan bárbaros, ha sido convertido por la sociedad en una bestia. Y por razón del actual régimen económico, es tratado con menos consideración que la bestia (...)

De esta esclavitud bárbara del trabajo, que gravita de modo

tan terrible sobre nuestros campesinos, España puede fácilmente (...) redimirles (...) Mediante un esfuerzo económico incomparablemente inferior a aquel que, por ejemplo, hemos derrochado en la aventura insensata de Marruecos (...) ¿Por qué no ir a la abolición de la esclavitud de los blancos en España, a quienes en la tierra de esta meseta se condena (...) ¡Paredes! ¡Paredes! (...)

El sarcasmo de unas palabras de Gil Robles

Hemos oído recientemente al señor Gil Robles apuntar la solución de los aspectos del vastísimo problema económico español, diciendo que su solución puede, y debe radicar en el fomento del mercado interior. Es decir, que el español consuma más productos propios para atenuar así la crisis que sufren determinados ramos de la producción (...) Pero bien; no basta la teoría (...) Un hombre que acaba de salir del Gobierno (...) desde el que se ha consentido (...) la baja de los salarios, lanzando multitudes de obreros del campo, singularmente en Extremadura y Andalucía, al hambre, al negarles la retribución decorosa de su trabajo, ¿cómo puede pedir que se fomente el consumo de los productos españoles? Para eso es elemental aumentar la capacidad adquisitiva del español (...)

Hay que levantar el nivel de la vida de los españoles. ¿Cómo hacerlo posible? (...) Sólo por la elevación de los salarios se puede hacer frente, en cierto aspecto, a la crisis industrial y agrícola española (...)

La válvula de la emigración está cerrada

(...) España ha tenido hasta ahora una válvula, una salida para su hambre secular. Esa válvula era la emigración (...) Antes, los puertos, singularmente los del litoral cantábrico, veían llenarse los trasatlánticos con miles y miles de hombres que, faltos de trabajo en España, sin recursos para sus necesidades, iban en busca de él a tierras de América (...)

Pero eso concluyó. Existe en el mundo, a consecuencia de los estertores agónicos que está dando el régimen capitalista, una crisis inmensa (...) Hoy quien carezca de sustento en España no puede marchar (...) Más aún (...) muchos vuelven a sus viejos hogares (...) Ello aumenta en proporciones terribles el problema del paro obrero en España (...)

El número de parados en España aumenta con la cifra, verdaderamente terrible, de los inmigrantes, de los que vuelven del extranjero. Esto agrava el mal. Además, en la atonía industrial (...) las fábricas reducen sus turnos semanales de trabajo (...) Todos estos sumandos, más los de la minería, dan al paro de España proporciones que resultan inadmisibles en un país donde está todo por hacer (...)

Eso tiene, si no en todo, en gran parte, remedio, y el remedio está en las manos de gobernantes y gobernados (...)

La disciplina, elemento social indispensable

(...) Trabajadores y ciudadanos de Cuenca: la disciplina es un elemento absoluto, totalmente indispensable en la sociedad moderna (...) ¿Seremos capaces de construir España? Tengo mis dudas; mas estas dudas no llegan, aún siendo algunas de ellas muy profundas, a anular la claridad de mi optimismo (...) Yo, observador (...) me explico, perfectamente, aunque no los justifique, los espasmos de la violencia a que se han podido entregar desde el triunfo del Frente Popular sectores o grupos del proletariado. Eso tiene una explicación (...) la responsabilidad de las clases directoras españolas. Ha habido excesos, ha habido desmanes. No cumple a hombre de mi formación ni de mi experiencia alentarlos. No los hago. Me los explico simplemente (...) El desmán, el exceso popular está explicado por el ejemplo de arriba.

Nosotros, en octubre de 1934, hicimos una revolución. Sabíamos (...) que rompíamos los cordones que circundan la legalidad, y sabíamos que jurídicamente la acción de los Tribunales podía descargar implacablemente su rigor, si nos acompañaba el fracaso (...)

Sabíamos que tras el fracaso venía una responsabilidad, una culpa, y para quienes no pudieran eludirlo, un castigo (...) ¡Ah!, pero lo que no resulta lícito es, prescindiendo de los Tribunales y cerrando los ojos ante la ley, imponer castigos que ni los Tribunales pueden dictar ni las leyes establecen. (...) y cuando se ha sabido, además, que fuerzas al servicio del Gobierno han atravesado a bayonetazos a ancianos inermes, a hombres indefensos, a niños inocentes, a mujeres débiles, cuando el propio Estado da lecciones de esa naturaleza (...) ¿qué extraño es que después gentes con el alma herida por tanta vileza se entreguen al desmán y sacien de cuando en cuando su furor en una venganza (...)

¡Viva Asturias, porque ella simboliza el sacrificio (...) el valor (...) el verdadero patriotismo! (...) Os digo que esa es la explicación de los desmanes que están ocurriendo en España. Y añado que no los justifico (...) Esto no quiere decir que yo pretenda debilitar la tensión revolucionaria de las masas populares, y singularmente de la clase obrera. Cuando desaprezca esa tensión revolucionaria, estaremos definitivamente vencidos, nos pisotearán, y nos humillarán (...)

El desmán, elemento de colaboración con el fascismo

Si mi voz se oye fuera de aquí, diré (...) ¡Basta ya! ¿Sabéis por qué? Porque en esos desmanes, cuya explicación os he dado, no veo signo alguno de fortaleza revolucionaria (...) No; no: un país –conste que mido bien mis palabras– puede soportar la convulsión de una revolución verdadera. Tras ella, si el fracaso surge, el régimen contra el cual se ha combatido (...) se fortalece (...)

Si la revolución se corona con el éxito, acaso un régimen mejor, más justo, más igualitario, más humano, se implante en seguida, anulando la lentitud del esfuerzo evolutivo que a veces camina demasiado despacio. La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país; lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata (...)

Lo que procede hacer es ir inteligentemente a la destrucción de los privilegios (...); pero ello no se consigue con excesos aislados, esporádicos, que dejan por toda huella del esfuerzo popular unas imágenes chamuscadas, unos altares quemados o unas puertas de templos ennegrecidos por las llamas. Yo os digo que eso no es revolución. Y agregó que si una organización verdaderamente revolucionaria (...) no capta tantas energías mal gastadas, dominándolas, encauzándolas fecundamente, emplearlas como ahora, equivale a colaborar con el fascismo. Porque el fascismo necesita de tal ambiente (...)

Oíd esta voz mía que, cuando menos, tiene el mérito de responder a una profunda convicción (...) No se diga que no hay verdadero ímpetu revolucionario; no se diga, desacreditando a la democracia, que el desorden infecundo es únicamente posible cuando en las alturas del Poder hay un Gobierno democrático, porque entonces los hechos estarán diciendo que sólo la democracia consiente los desmanes y que únicamente el látigo de la dictadura resulta capaz de impedirlos. Sed conscientes, refrenad vuestro vuestro ímpetu. ¿Para perderlo? No, para mantenerlo acrecido en lo más recóndito del alma y hacerlo fecundo cuando el momento sea decisivo, con conciencia plenamente revolucionaria; porque de otro modo, amigos y compañeros, si el desmán y el desorden se convierten en sistema perenne, por ahí, no se va al socialismo, por ahí no se va tampoco a la consolidación de una República democrática, que yo creo nos interesa conservar. Ni se va a la consolidación de la democracia, ni se va al socialismo, ni se va al comunismo; se va a una anarquía desesperada, que ni siquiera está dentro del ideal libertario; se va a un desorden económico que no puede acabar con el país. Nosotros tenemos que ofrecer al régimen nuevo que implante la justicia social, no un país en ruinas, sino una España floriente y vivificada por nuestro amor”.

BIBLIOGRAFIA

- Cierva, R. de la: *La conversación de Indalecio Prieto*. Barcelona, Plaza y Janés, 1988.
- Cornide Ferrant E.: *Indalecio Prieto: socialista a fuerza de liberal*. Sada, Edicions do Castro, 1995.
- Gibaja Velázquez, J. C.: *Indalecio Prieto y el socialismo español*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995.
- Juliá, S.: “La vigencia de prieto”, en *Leviatán* (1984), núm. 15, pp. 71-77.
- López Villaverde, A. L.: *Cuenca durante la II República: elecciones, partidos y vida política, 1931-1936*. Cuenca, Diputación Provincial/Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- MÚGIGA HERZOG, E.: “Indalecio Prieto y el Partido Socialista”, en *Sistema* (1980), núm. 36, pp. 107-121.
- PRIETO TUERO, I: *Cartas a un escultor*. Buenos Aires, Losada, 1961 (ed. española publicada en Barcelona, Fundación Indalecio Prieto/Planeta, 1989)
- PRIETO TUERO, I.: *Siento a España*. Madrid. Ediciones “La Motorizada”, PSEO, 1938.
- PRIETO TUERO, I.: *Palabras de ayer y de hoy*. Santiago de Chile, Ercilla, 1938 (edición española publicada en Barcelona por la Fundación Indalecio Prieto en 1996)
- SAIZ VALDIVIELSO, A.: *Indalecio Prieto: crónica de un corazón*. Barcelona, Planeta, 1984.
- SAIZ VALDIVIELSO, A.: “Indalecio Prieto: los tres exilios”, en *Cuadernos de la Fundación Españoles en el Mundo* (1995), núm. 13.